



CAPÍTULO IV.

Logra Gil Blas el afecto y confianza del conde de Olivares.



O me descuidé en volver despues de comer á casa del primer ministro. Pregunté por su mayordomo, que se llamaba Don Ramon Caporis, el cual, luego que oyó mi nombre, me saludó con particular respeto, y me dijo:—Caballero, sígame vd. si gusta, que voy á conducirle á la habitacion que se le ha destinado en esta casa. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la cual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso, que formaban un ala de la casa, alhajadas regularmente. Esta es, me dijo, la habitacion que S. E. le señala. Vd. disfrutará aquí de una mesa de seis cubiertos de cuenta de S. E.: será servido por sus propios criados, y tendrá siempre á su disposicion un coche. Aun no lo he dicho todo: S. E. me ha encomendado eficazmente que tenga á vd. las mismas consideraciones que si fuera de la casa de Guzman.

—¿Qué diablos significa todo esto? me decia á mí mismo. ¿Cómo consideraré yo estas distinciones? ¿Quién sabe si envolverán alguna malicia, ó si todavia por divertirse el ministro hará que me traten tan honoríficamente? Mientras me hallaba en esta incertidumbre, fluctuando entre el temor y la esperanza, vino un page á decirme que el conde me llamaba. Fuí volando á ver á S. E., que estaba solo en su gabinete.—Y bien, Santillana, me dijo, ¿estás contento con tu habitacion y con las órdenes que he dado á Don Ramon?—Las bondades de V. E., le respondí, me parecen escesivas, y no las acepto sin zozobra.—¿Pues por qué? me replicó; ¿puede haber esceso en honrar á una persona que el rey me ha recomendado, y de quien quiere que yo cuide?

En tratarte honoríficamente no hago mas que mi deber: por mucho que haga por tí, no te admires, y cuenta con una fortuna brillante y sólida, si me eres tan afecto como lo fuiste al duque de Lerma.

—Pero ya que hemos nombrado á este señor, prosiguió, he oido decir que viviais los dos con mucha intimidad. Quisiera saber cómo os conocisteis, y en qué te empleaba aquel ministro: no me ocultes nada, dí-melo todo con sinceridad. Acordéme entonces de la perplejidad en que me ví cuando me encontré con el duque de Lerma en semejante caso, y del medio que me valí para salir de ella; el cual practiqué aun mas afortunadamente: quiero decir, que en mi informe dí el mejor colorido que pude á los lances mas escabrosos, y toqué ligeramente aquellos que me hacian poco honor. Tambien procuré poner en buen lugar al duque de Lerma, aunque conocia que no disculpándole del todo hubiera dado mas gusto á mi oyente. Por lo que toca á Don Rodrigo Calderon nada le perdoné: le individualicé las hazañas que sabia relativas al tráfico que hacia de encomiendas, beneficios y gobiernos.

—En cuanto á Don Rodrigo Calderon, interrumpió el ministro, todo cuanto me dices es muy conforme á ciertos documentos que me han presentado contra él, y que contienen testimonios de acusacion aun mas importantes. Se va á sustanciar su causa inmediatamente; y si deseas su pérdida, creo que tus deseos quedarán satisfechos.—No deseo su muerte, le dije, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en la torre de Segovia, donde tuvo la culpa de que permaneciese largo tiempo.—¿Cómo? replicó S. E. ¿Don Rodrigo fué quien causó tu prision? He ahí lo que yo ignoraba. Don Baltasar, á quien Navarro contó tu historia, me dijo sí que el difunto rey te habia mandado prender, en castigo de haber conducido de noche al príncipe de España á un parage sospechoso; pero no sé nada mas, y no puedo adivinar qué papel hacia Calderon en esa farsa.—El papel de un amante que se venga de un ultrage recibido, le respondí. Entonces le conté todos los pormenores de la aventura, la cual le pareció tan divertida que, á pesar de su seriedad, no pudo menos de reir, ó mas bien llorar de placer. Catalina, tan pronto sobrina como nieta, le alegró en extremo: como asimismo la parte que habia tenido en el negocio el duque de Lerma.

Luego que acabé mi relacion, me despidió el conde, diciéndome que no dejaria de emplearme el dia siguiente. Fuíme en derechura á casa de Don Baltasar de Zúñiga á darle gracias por los buenos oficios que me habia hecho, y al mismo tiempo á participar á mi amigo José las favorables disposiciones que el ministro manifestaba hácia mí.



CAPÍTULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro; y primera cosa en que le ocupó el conde de Olivares.



PENAS ví á José, cuando le dije agitado, que tenia muchas cosas que noticiarle. Llevóme á un sitio retirado, donde habiéndole enterado de lo ocurrido, le pregunté qué le parecia lo que le acababa de decir. Paréceme, respondió, que estais en vísperas de una gran fortuna: todo se os presenta propicio. Agradais al primer ministro, y lo que no dejará de serviros de algo, yo me hallo bastante enterado para poder haceros el mismo servicio que os hizo mi tio Melchor de la Ronda cuando entrásteis en el palacio del arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del prelado y de sus principales familiares, manifestándoos el carácter de cada uno; yo, á ejemplo suyo, quiero daros á conocer cuál es el del conde, el de la condesa su muger, y el de Doña María de Guzman su hija única.

El ministro tiene talento perspicaz, profundo, y á propósito para formar grandes proyectos. Se precia de hombre universal, porque tiene una somera idea de todas las ciencias, y se cree capaz de decidir en todo. Se imagina ser un jurisconsulto consumado, un gran capitán, y un político de los mas sagaces. Añada vd. á eso, que es tan encaprichado en su parecer, que quiere que prevalezca sobre el de los demas; y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por dictámen de otro; defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la monarquía. Brilla en el consejo por cierta elocuencia natural, y escribiria tan elegantemente como habla, si no afectara, para dar dignidad á su estilo, el hacerle oscuro y muy estudiado: tiene pensamientos estravagantes, es caprichoso y fantástico. Este es el retrato de su entendimiento; vea vd. ahora el de su corazon. Es gene-



roso y buen amigo. Se le acusa de vengativo, pero, ¡cuán pocos son los que dejan de serlo viéndose con igual poder, y en tanta elevación! También le motejan de ingrato porque hizo desterrar al duque de Uceda y á Fray Luis de Aliaga, á quienes debia grandes favores; mas eso puede perdonársele, porque el deseo de ser primer ministro dispensa de ser agradecido.

—Doña Ines de Zúñiga y Velasco, condesa de Olivares, prosiguió José, es una señora en quien no advierto otra tacha que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion se consiguen. Doña María de Guzman, hoy dia el partido mejor y mas ventajoso de toda España, es una señorita completa y el ídolo de su padre. Con arreglo á estas luces que os doy, podreis arreglar vuestra conducta. Haced mucho la corte á estas dos señoras; mostraos mas adicto al conde de Olivares que lo fuísteis al duque de Lerma antes de vuestro viage á Segovia, y llegareis á ser un señor insigne y poderoso.

También os aconsejo que no dejéis de visitar de cuando en cuando á mi amo Don Baltasar: es verdad que no necesitareis de él para vuestros ascensos; mas con todo, siempre convendrá tenerle propicio. Al presente os estima y le merecis buen concepto; procurad conservaros en su amistad, porque en la ocasion os podrá servir.—Pero como tio y sobrino, repliqué yo á Navarro, gobiernan el estado, ¿quién sabe si con el tiempo no se originarán entre los dos algunos celillos?—No hay que temer, me respondió, porque reina entre ambos una estrechísima union. Sin Don Baltasar nunca hubiera sido primer ministro el conde de Olivares; porque despues de la muerte de Felipe III todos los amigos y partidarios de la casa de Sandoval se dividieron unos á favor del cardenal, y otros al de su hijo; pero mi amo, el mas perspicaz de todos los cortesanos, y el conde, que no es menos sagaz que él, frustraron todas sus medidas, y las tomaron por su parte tan ajustadas para asegurarse en este puesto, que al fin dejaron burlados á todos sus competidores. Nombrado primer ministro el conde de Olivares, repartió el ministerio con su tio Don Baltasar, dando á este el encargo de los negocios esteriore, y reservando para sí el de los interiores, de suerte que, estrechando por este medio los vínculos de la amistad que deben naturalmente unir á las personas de una misma sangre, estos dos señores, independientes uno de otro, viven en una armonía que me parece inalterable.

Esta fué la conversacion que tuve con José, de la cual me prometí sacar buen partido. Despues pasé á dar las gracias al Señor Don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado, que aprovecharia gustoso todas las ocasiones que se le proporcionasen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y

satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar á favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais cuan presentes tengo en mi corazon todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos; tan á pechos habia tomado el favorecerme el Señor Don Baltasar en atencion á los buenos oficios de Navarro.

Desde aquella misma noche dejé mi posada de caballeros para ir á vivir en casa del primer ministro, donde cené con Escipion en mi aposento, en el cual fuimos servidos por criados de la misma casa, quienes, durante la cena, mientras nosotros afectábamos una gravedad severa, tal vez reirian entre sí del respeto que se les habia mandado nos guardasen.

Apenas levantaron la mesa, se retiraron, y mi secretario, dejando de reprimirse, me dijo mil locuras que su buen humor y sus lisonjeras esperanzas le sugirieron. Por lo que á mí toca, aunque estaba embelesado con la brillante situacion en que comenzaba á verme, aun no sentia en mi interior ninguna disposicion á dejarme deslumbrar de ella; y así luego que me acosté me quedé dormido tranquilamente, sin entregar mi imaginacion á las ideas risueñas que podian ocuparla; en vez de que Escipion durmió poco, pues pasó la mitad de la noche atesorando para casar á su hija Serafina.

No bien me habia acabado de vestir el dia siguiente, cuando vinieron á llamarme de parte del conde. Fuí inmediatamente á ver á S. E., el cual me dijo:—Ea, Santillana, véamos algo de lo que sabes hacer; tú me has dicho que el duque de Lerma te encargaba algunas memorias para que se las redactases: yo tengo una que destino para prueba de tu capacidad, y de cuyo objeto voy á enterarte. Se trata de componer una obra que disponga al público en favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que he encontrado los negocios en gran desórden, y es menester ahora manifestar á los ojos de la corte y del público, la triste situacion á que se halla reducida la monarquía. Conviene presentar sobre esto un cuadro que llame la atencion pública, y no deje echar de menos á mi predecesor; despues ponderarás las medidas que he adoptado para hacer que sea glorioso el gobierno del rey, florecientes sus estados, y sus vasallos completamente dichosos.

Dicho esto, me entregó un papel que contenia los justos motivos de los pueblos para estar descontentos con el gobierno anterior; y me acuerdo que constaba de diez artículos, el menor de los cuales era muy bastante para sobresaltar á todo buen español. Hízome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho, y allí me dejó solo para que trabajase con libertad. Comencé pues á componer mi memoria lo mejor que me fué posible: espuse primeramente el estado lastimoso en que se ha-

llaba la monarquía; el erario ecshausto, las rentas de la corona estancadas en manos de asentistas, y la marina arruinada. Recapitulé despues los defectos cometidos por los que habian gobernado la nacion en el reinado anterior, y las funestas consecuencias que podian traer consigo. En fin, pinté la monarquía en el mayor peligro, y censuré tan acremente al ministerio anterior, que, segun mi memoria, la caida del duque de Lerma era una felicidad para la España. Á la verdad, aunque yo no tenia ningun motivo de queja de aquel señor, sin embargo, no me pesó hacerle esta buena obra. Finalmente, despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á la España, alentaba los ánimos, haciendo mañosamente concebir á los pueblos esperanzas lisonjeras para lo sucesivo. Hacia hablar al conde de Olivares como á un restaurador enviado por la Providencia para la salvacion de la patria: prometia montes de oro; y en una palabra, llené tan completamente los deseos del ministro, que quedó sorprendido de mi obra cuando acabó de leerla.—Santillana, me dijo, ¿tú sabes que has hecho una obra digna de un secretario de estado? Ya no me admiro de que el duque de Lerma se valiese de tu pluma. Tu estilo es lacónico y aun elegante; pero me parece demasiado sencillo: y al mismo tiempo, haciéndome notar los pasages que no eran de su gusto, los varió, juzgando yo por sus correcciones que le gustaban, como me habia dicho Navarro, las espresiones estudiadas y oscuras. Sin embargo, aunque le agradase tanto la nobleza, ó por mejor decir, la cultura en la diction, no por eso dejó de conservar las dos terceras partes de mi memoria; y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, me envió por Don Ramon trescientos doblones al acabar yo de comer.





CAPÍTULO VI.

En qué invirtió Gil Blas estos trescientos doblones, y comision que dió á Escipion. Resultado de la memoria de que acaba de hablarse.



ESTA generosidad del ministro dió nuevo motivo á Escipion para repetirme mil parabienes de haber vuelto á la corte.—Vd. ve, me dijo, que la fortuna tiene grandes designios para favorecerle. ¿Está vd. ahora arrepentido de haber dejado su soledad? ¡Viva el Sr. conde de Olivares! que es un amo muy diferente de su predecesor. Á pesar de ser vd. muy afecto al duque de Lerma, le dejó morir de hambre muchos meses sin regalarle ni un triste peso duro; mas el conde ya le ha dado una gratificacion que vd. no se hubiera atrevido á esperar sino despues de largos servicios. Me alegraria mucho, añadió, de que los señores de Leiva fuesen testigos de la prosperidad de vd., ó á lo menos de que la supiesen.—Tiempo es de noticiársela, le respondí, y de esto iba á hablarte; porque no dudo desearán con mucha impaciencia saber de mí; pero aguardaba para hacerlo á verme en un estado fijo, y decirles positivamente si me quedaria en la corte ó no. Ahora que estoy seguro de mi suerte, puedes ir á Valencia cuando quieras, á informar á aquellos señores de mi situacion actual, que miro como obra suya, siendo cierto que, á no habérmelo ellos persuadido, jamas me hubiera determinado á volver á Madrid.—¡Oh mi amado amo, exclamó el hijo de la Coscolina, qué alegría voy á darles cuando les cuente lo que ha sucedido á vd.! ¡Cuánto diera por hallarme ya á las puertas de Valencia! Pero pronto estaré allí. Los dos caballos de Don Alfonso están prevenidos; voy á ponerme en camino con un lacayo de S. E.; porque ademas de que me gusta llevar compañía por el camino, vd. sabe que la librea de un primer ministro deslumbra.

No pude menos de reirme de la necia vanidad de mi secretario; y con todo eso yo, quizá aun mas vano que él, le permití hacer lo que le dió la gana.—Marcha, le dije, y vuelve prontamente, porque tengo que darte otro encargo. Quiero enviarte á Asturias á llevar dinero á mi madre. Por pura negligencia he dejado pasar el tiempo en que prometí enviarle cien doblones que tú mismo te obligaste á ponerle en mano propia. Las promesas de esta especie deben ser tan sagradas para un hijo, que me acuso de mi poca puntualidad en cumplirlas.—Señor, me respondió Escipion, en seis semanas quedarán desempeñados ambos encargos; habré visto á los señores de Leiva, dado una vuelta por vuestra quinta, y visitado segunda vez la ciudad de Oviedo, de la cual no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de sus habitantes. Entregué, pues, al hijo de la Coscolina cien doblones para la pension de mi madre, y otros ciento para él, deseando que hiciese felizmente el largo viage que iba á emprender.

Poco despues de su partida, S. E. mandó imprimir nuestra memoria, que apenas se hizo pública cuando fué asunto de todas las conversaciones de Madrid. Al pueblo, amigo siempre de novedades, le gustó infinito. La disipacion de las rentas reales, que estaba pintada con los mas vivos colores, le indignaron contra el duque de Lerma; y si los golpes que se descargaban contra este ministro no fueron aplaudidos de todos, á lo menos merecieron la aprobacion de muchos. En cuanto á las pomposas promesas que hacia el conde de Olivares, y entre ellas la de cubrir por medio de una discreta economía las atenciones del estado sin gravar á los vasallos, deslumbraron á todos generalmente y les confirmaron en el gran concepto que ya tenian de sus talentos; de manera que por toda la poblacion resonaron sus alabanzas.

El ministro, satisfecho de haber conseguido con esta obra su objeto, que no habia sido otro que el de grangearse la estimacion pública, quiso merecerla verdaderamente por medio de una accion laudable que fuese útil al rey. Recurrió para ello á la invencion del emperador Galba, es decir, que hizo que los partidarios que se habian enriquecido, sabe Dios como, con el manejo de los caudales públicos, resarciesen al erario. Luego que el conde hizo vomitar á aquellas sanguijuelas la sangre que habian chupado, y la guardó en las arcas reales, trató de conservarla en ellas haciendo suprimir todas las pensiones, sin esceptuar la suya, como tambien las gratificaciones que se daban del caudal de S. M. Para lograr la ejecucion de este designio, que no podia verificarse sin mudar la faz del gobierno, me mandó componer otra memoria, cuya sustancia y método me indicó: en seguida me encargó que procurase elevar todo lo posible la ordinaria sencillez de mi estilo, para dar mas dignidad á

mis frases.—Ya estoy hecho cargo, señor, le dije: V. E. quiere sublimidad y brillantez, pues la tendrá. Encerréme en el mismo gabinete donde anteriormente habia trabajado, y allí puse manos á la obra despues de haber invocado al genio elocuente del arzobispo de Granada.

Comencé por esponer que era preciso conservar con todo rigor los fondos que habia en arcas reales, que no debian emplearse absolutamente sino en las necesidades de la monarquía, como que eran un fondo sagrado que se debia reservar para imponer respeto á los enemigos de la nacion. Despues hacia presente al monarca, que era á quien se dirigia la memoria, que, suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda, no por eso se privaba del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y servicios de los vasallos que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues sin tocar á su tesoro, quedaba en estado de conceder grandes recompensas: porque para unos tenia vireinatos, gobiernos, hábitos de las órdenes militares, y empleos en sus ejércitos; para otros encomiendas sobre las cuales podria imponer muchas pensiones, títulos de Castilla, y magistraturas; y por último, todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la iglesia.

Esta memoria, mucho mas larga que la anterior, me ocupó cerca de tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodada al gusto de mi amo, por estar atestada de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que me colmó de alabanzas.—Mucho me agrada lo que has hecho, me dijo, enseñándome los pasages mas pomposos, estas sí que son espresiones vaciadas en buen molde. ¡Ánimo! amigo mio, ya estoy previendo que me servirás de grande utilidad. Sin embargo, en medio de los elogios que me prodigó, no dejó de retocar la memoria; puso en ella mucho de su casa, y formó una pieza de elocuencia que admiró al rey y á toda la corte. El público la houró tambien con su aprobacion, presagió felicidades para lo venidero, y se lisongeó de que la monarquía recobraría su antiguo esplendor bajo el ministerio de un personage tan insigne. Viendo S. E. la mucha fama que le habia grangeado aquel escrito, quiso que por la parte que yo tenia en él recogiese algun fruto; y así dispuso que se me diese una pension de quinientos escudos sobre la encomienda de Castilla; lo que me fué tanto mas apreciable, cuanto que este no era un bien mal adquirido, aunque lo habia ganado con mucha facilidad.



CAPÍTULO VII.

Por qué casualidad, en dónde y en qué estado volvió á encontrar Gil Blas á su amigo Fabricio; y conversacion que tuvieron.



NINGUNA cosa le gustaba tanto al conde como saber lo que se pensaba en Madrid de la conducta que observaba en su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia de él, y aun tenia pagadas espías que le contaban puntualmente cuanto pasaba en la poblacion. Le referian hasta las mas ligeras conversaciones que habian oido; y como les tenia encargado que le dijesen francamente la verdad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio; porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada respeta.

Luego que conocí que el conde era amigo de que se le diesen noticias, me dediqué á ir por las tardes á los sitios públicos y mezclarme en las conversaciones de personas decentes, donde las hubiera. Cuando hablaban del gobierno escuchaba con atencion, y si decian algo digno de que lo supiese S. E., no dejaba de noticiárselo; pero debe observarse que jamas le decia nada que no le fuera favorable.

Volviendo en cierta ocasion de uno de estos sitios pasé por delante de la puerta de un hospital, y me dió gana de entrar en él. Recorrí dos ó tres salas llenas de enfermos, y mirando á todas partes, ví entre aquellos desgraciados, á quienes no podia considerar sin lástima, uno que fijó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para enterarme mejor, y aunque no pude ya dudar que era el poeta Nuñez, con todo me detuve algunos instantes á mirarle; pero sin decirle nada. Él me conoció luego, y me miraba del mismo modo. Al cabo rompiendo el silencio, le dije: —Ó mis ojos me engañan, ó este que miro es Fabricio.—El mismo soy, me respondió friamente, y no debes maravillarte. Desde que me separé de tí, no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias y toda clase de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.

No pude menos de reirme al oír estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad con que las pronunció.—¡Pues qué! exclamé, ¿tu musa te ha traído á tan miserable estado? ¿Es posible que te haya jugado